

Editorial

Muchos de los que trabajamos en el mundo académico consideramos que escribir es un acto público. Otros considerarán que la intimidad de la escritura nada tiene que ver con la presencia de los otros, pues suficiente es el mundo que se crea en la producción escrita. Sin embargo, podríamos afirmar que ya es un acto de inclusión crear presencias con vida propia, con ideas propias y hasta con libretos y diálogos propios. Escribir podría en esta medida, configurar el mundo de los otros aún en la pura intimidad. Escribir filosóficamente también es hacer mundo, un mundo público.

Estas palabras quieren ser memoria y evidencia de quien fuera uno de los más grandes defensores del ejercicio público que ha de caracterizar la vida de los maestros, académicos y, por supuesto, filósofos. Admirado e interpelado en muchas ocasiones por sus fuertes críticas contra gran parte de la legalidad que ha tenido que caracterizar a los investigadores y contra el conocimiento como espacio de burocratización, el maestro Guillermo Hoyos es ahora, en este editorial, *aquello que da qué pensar*.

En varias ocasiones tuve la oportunidad de asistir a conferencias, charlas y escenarios donde su voz hacía que los viejos académicos y los jóvenes en formación tuvieran algo en común. Quizá eso es lo que más recuerdo: todos iban a escucharlo porque seguramente sin pretender algo más que expresar un pensamiento sólido, fuerte y veraz, hacía que lo común fuera lo importante: lo *común* se volvía escucharlo. Seguramente el maestro Hoyos lo sabía, porque fueron sus sellos la agudeza y la “delicadeza de imaginación”, para usar la expresión de Hume, uno de sus filósofos admirados en voz baja.

Hoy, con la presencia de su *rostro* —expresión que usaba en varias ocasiones refiriéndose a la presencia que persiste de lo otro— recordamos en este número de Logos, a quien fuera no solamente miembro de nuestro comité editorial, sino maestro inigualable, figura de la terquedad humanista y presencia de lo que quisiéramos ser algún día en la academia. Personalmente puedo decir que cada vez que lo escuchaba sentía que se hacía más claro para mí el sentido que tenía el maestro Wang Fo para su discípulo Ling.

Termino este editorial poniendo aquí las palabras que gracias a Guillermo Hoyos cada vez se hacían más vivas. Las pido prestadas a Marguerite Yourcenar:

El emperador, inclinado hacia adelante, con la mano a modo de visera delante de los ojos, contemplaba alejarse la barca de Wang Fo, que ya no era más que una mancha imperceptible en la palidez del crepúsculo. Un

vaho de oro se elevó, desplegándose sobre el mar. Finalmente, la barca viró en derredor a una roca que cerraba la entrada a la alta mar; cayó sobre ella la sombra del acantilado; borrose el surco de la desierta superficie y el pintor Wang-Fo y su discípulo Ling desaparecieron para siempre en aquel mar de jade azul que Wang- Fo acababa de inventar (Yourcenar, 2005, s. p.).

María Cristina Sánchez León
Editora
Revista *Logos*

REFERENCIA

Yourcenar, M. (2005). *Cuentos orientales*. Bogotá: Santillana.